
BEFORE
MEMORY
ARRIVES
FERDINANDO FREGA

ANTES DE QUE LLEGUE LA MEMORIA

The Art of Attraction · 08

Cuando nace un niño, lo primero que todos miran son los ojos.

Nos asomamos a la cuna, nos acercamos más, buscamos un color.

¿Serán los de su madre?

¿Serán los de su padre?

Luego llega un médico, o una enfermera, y dice lo que nadie quiere oír: que el color todavía no existe. Que al principio es casi igual para todos. Un gris, un azul desvaído, el color de quien todavía no ha visto nada.

Porque así es.

Al principio de la vida, la mirada es universal.

Está vacía.

Y hacen falta meses para llenarla.

El iris trabaja despacio. Deposita un poco de marrón, un poco de verde, un poco de negro. Como si el cuerpo esperara a entender qué mundo tendrá que mirar antes de decidir con qué ojos mirarlo.

Siempre he pensado que después no es tan distinto.

Seguimos naciendo con esa mirada vacía.

Y pasamos el resto del tiempo llenándola.

Cada experiencia deja una huella.

Cada alegría añade un matiz.

Cada dolor añade otro.

Y así, sin que nos demos cuenta, los ojos dejan de ser solo una parte del cuerpo y se convierten en un archivo.

Una memoria silenciosa.

Luego llega el momento en que nos damos cuenta de una verdad sencilla y cruel: a menudo vemos de verdad a las personas solo cuando ya no podemos mirarlas.

Y es entonces cuando la memoria nos hace volver.

A una frase que no dijimos.

A una llamada aplazada.

A una visita que podíamos haber hecho.

A un abrazo que dimos por sentado.

No, no he perdido la cabeza.

«Ten un poco más de paciencia, lector, y sigue mi razonamiento».

¿Cuántas veces pensamos en quienes ya no están, y en las cosas que nos habría gustado decir o hacer?

Le ha pasado a todo el mundo.

Y volverá a pasar.

Si hoy pudiera hablar con alguien que ya no está aquí, elegiría a mi padre, a mi madre, a mis abuelos, a mi hermana, a un amigo cercano.

Y empezaría siempre de la misma manera.

Diría:

«Perdóname si no te di el tiempo que merecías.

Perdóname si seguí corriendo detrás de mis urgencias, de mis objetivos, de mi egoísmo de cada día, sin entender que un día yo también recorrería el mismo camino que tú».

Luego la mente viaja todavía más lejos.

Atraviesa los siglos.

Me gustaría conocer a Jesús, no para hacerle preguntas, sino simplemente para escucharlo.

Me gustaría conocer a Galileo Galilei, a Einstein, a Maquiavelo, a Miguel Ángel, a Dante Alighieri, al Padre Pío de Pietrelcina, a Kipling, a John Fitzgerald Kennedy — y al frutero de abajo, junto con el dueño de la taberna de vinos.

Y luego, casi como bajo un hechizo, me gustaría escuchar a todas las mujeres del mundo.

Sin distinción.

Porque cada una de ellas tendría algo distinto que contar.

Una perspectiva distinta.

Una historia distinta.

Una verdad distinta.

Y sin embargo, volviendo a bajar con los pies bien plantados en el suelo, llego a un paralelo que me parece hermoso.

Si todo lo que creamos, todo lo que creemos que tiene valor, todo lo que podría dejar algo a los demás, no se comparte con las personas a tiempo, entonces siempre pasa lo mismo.

Llega el día en que alguien dirá:

«Qué pena. Me habría gustado conocerlo».

«Qué pena. Me habría gustado escucharlo».

«Qué pena. Me habría gustado saber lo que pensaba».

Pero la responsabilidad de lo que no se ve nunca recae solo en quien crea.

A menudo recae en quienes no lo muestran a tiempo — y aquí, como siempre, las mujeres son maestras: saben hacerse ver.

Y recae en quienes deciden lo que se ve: la web. Si Google no te da visibilidad, nadie te lee — a menos que pagues.

En quienes no permiten que la gente se dé cuenta de lo que está pasando delante de sus propios ojos.

Porque la memoria casi siempre llega después.

La mirada, en cambio, cuando tenemos suerte, llega a tiempo.

Ferdinando